

EL SUEÑO DE CONVERTIRSE EN HADA MADRINA¹

PSTA. VERÓNICA ELIZABETH MUÑOZ LOZANO

INTRODUCCIÓN:

Este trabajo surge de la inquietud sentida hace 12 años al ver mi primer paciente. El objetivo es por una parte compartir ese sentimiento de miedo e inseguridad que invade al que inicia, y por el otro hacer notar que los tres pilares para ser un buen terapeuta: teoría, supervisión y análisis personal, aunque ayudan como contenedores de la ansiedad del primerizo, no son suficientes, porque uno se tiene que enfrentar al crecimiento personal y eso solo lo logra el individuo, cubriendo su propio ciclo. Por último, tal vez el objetivo velado sea que todos aquellos que ya son terapeutas recuerden ese primer momento y así logren ser más empáticos con el que inicia.

EL SUEÑO DE CONVERTIRSE EN HADA MADRINA.

Érase una vez en un tiempo no muy lejano y un lugar no tan remoto una pequeña que soñaba en convertirse en hada madrina, ¡y por supuesto para atender a duendes pequeños! Al llegar al 7mo. nivel, le asignaron su primera tarea: un duende de 6 años que no hablaba bien (por no decir que hablaba bastante mal), el cual asistió originalmente a terapia de lenguaje, pero no quería desasirse de la madre y lloraba amargamente, golpeando a quien intentara separarlo de ella.

El aprendiz de mago elegido, opinó fuera primero a terapia de juego por presentar un problema conductual. La aprendiz de hada arregló el lugar lo mejor posible, era un espacio muy grande. Los juguetes estaban todos en el piso, por carecer de muebles donde colocarlos, entre ellos había: soldados, pistolas, muñecos, guiñoles, cubos y otras cosas, todos cerca de una de las paredes, y lo demás del salón no se utilizaba. La situación con la aprendiz de hada fue la siguiente: la puerta permanecía abierta y la madre afuera, el duende salía

¹ Trabajo presentado en el XXXIX Congreso Nacional de Psicoanálisis 'El psicoanálisis a un Siglo de la Interpretación de los Sueños. Ciudad de México. Dic 1999.

frecuentemente a tocar a la madre, reía y regresaba. Mientras tanto la aprendiz se deshacía en ansiedad, preguntándose: ¿cómo atraer la atención del duende?, ¿cómo hacer para que permaneciera adentro?, ¿qué le estaba diciendo con su juego?, ¿cómo recordar toda la sesión?, ¿y qué reportar al hada instructora?, demasiado para ella que empezaba. Agarrada de las enseñanzas del hada Klein que creía le servirían mejor, le señalaba (por no decir interpretaba) su falta de orden, como un tiradero de excremento. El ignorarla, como un intento de anularla, y así por el estilo.

Pasó el tiempo, un mes (4 reuniones) y el pequeño duende aceptó se cerrara la puerta, ¡gran logro! De vez en cuando se asomaba por el cristal de ésta, pero ya no salía a buscar a la madre, solo le gritaba emocionado y regresaba a jugar, generalmente lo hacía solo, volteando a ver a la aprendiz de vez en cuando. El hada era todo oído, vista, etc. y el pequeño jugaba y cantaba. En la última reunión después de 6 meses (Tiempo estipulado en las leyes del bosque) el duende durmió, durmió y durmió, la aprendiz muy en su papel lo vio dormir toda la sesión, al final lo despertó y dijo: “Estás triste porque te vas y preferiste dormir”, sino es que dijo morir.

En todo este tiempo la aprendiz vivía con sentimientos encontrados esperando el arribo del duende a la reunión. Por un lado el deseo de que llegara y así sentirse buena, y por el otro de que no regresara, para librarse de él por la ansiedad que le producía, pero también el miedo de que al no volver tendría que enfrentar al hada instructora y a su propio ideal interno, diciéndole que no era una buena hada madrina y que no servía para ello.

Colorín, colorado y ¿final feliz? Pues no, dos años después al ver a la madre en el mismo bosque, ésta dijo: “Dos años viniendo a terapias de conducta, de lenguaje, de aprendizaje y se acaban de dar cuenta que mi hijo es sordo”.

La segunda en turno fue una linda duende de 5 años, hija de madre soltera, que vivía con los abuelos maternos. Llegaba, jugaba, jugaba y jugaba y el hada invariablemente, luchaba con un sueño aterrador que amenazaba con vencerla. El lugar, era un consultorio de medicina general de un hospital; los juguetes, aquellos

que cabían en dos bolsas de plástico, y el horario, después de la comida. Con sus lindos ojos vivarachos observaba a la aprendiz mientras jugaba, de vez en cuando la incluía, y sonreía cada que la “cachaba” con los ojos cerrados y le decía “Te estás durmiendo” en tono burlón. Sesión por sesión la misma historia, de la duende y la aprendiz. Y por lo tanto, ansiedad mejor llevada. Conste que digo mejor llevada, no mejor manejada. Lo difícil era la reconstrucción de la sesión y el admitir ante el hada instructora, que otra vez el sueño había hecho de las suyas. La aprendiz de hada angustiada por sentirse sola en la batalla, sin armas suficientes, con un pequeño duende alerta, sin ser ella misma ya un duende, pero tampoco habiendo alcanzado el rango de hada, tal vez viviéndose a si misma como inacabada e insuficiente para llevar a cabo aquella proeza de rescatar duendes del sufrimiento, fue aprendiendo poco a poco que tenía que sumirse con ellos en el lago de la fantasía y salir de ahí sosteniendo no tan solo su propio peso sino el del otro, y que en este inicio no lograba soportarlo.

Aquellos primeros duendes tuvieron que sufrir con ella su inexperiencia y esto también hacia sufrir a la aprendiz, descubrir que no era fácil el camino, que no dependía solo de ella el rescate de los duendes, que no podía separarlos de su ambiente y adoptarlos, pero algo más importante y doloroso, “Ella tampoco podía ser esa madre suficientemente buena” ¡que osadía! ¿No? Que sueño tan omnipotente, tremendo golpe narcisista, desde pequeña soñando rescatar duendes y enfrentarse ahora, en la realidad a que no lo podía hacer, al menos no por medio de la magia como ella había fantaseado, tenía que hacerlo despacio, con más tropiezos que adelantos y admitiendo ante los demás, incluidos los duendes, su debilidad y errores.

Así continuó la historia, un duende llegaba, un duende se iba, pero poco a poco la aprendiz fue entendiendo mejor el arte, y siendo capaz de reducir sus ambivalencias hacia los duendes y sus padres, lo que le permitió ya no responder a su sugerencia de irse, con un ¡Que le vaya bien! Había cubierto la primera etapa.

Pues sí, suena como un cuento de hadas o como el inicio del héroe que va a la batalla y se enfrenta a ella sintiéndose solo, aunque el anciano le haya repetido

hasta el cansancio que lo acompaña y que el arma que lleva es mágica, finalmente el héroe se enfrenta solo con su persona.

El intento y lucha de ser terapeuta es muy semejante, aquí me aboqué a los niños porque así fue mi inicio, teóricamente muy mal pues todos sabemos que para ser terapeuta de niños primero hay que serlo de adultos, pero la realidad es que, ya sean asignados por otras personas (supervisores) o en forma particular, comenzamos muchas veces, con pacientes niños pensando: que no se van a dar cuenta de nuestros errores (y nos descubren: “Te estás durmiendo”), que es más fácil porque es juego (y ya no sabemos jugar o no podemos), que no vamos a tratar con adultos (y los padres siempre están presentes), que es más cansada una sesión con adultos porque hay que pensar (y con el niño se piensa doble y aparte hay que jugar).

¿Cuántas y cuáles son las ansiedades que se despiertan ante el primer o los primeros pacientes que recibe uno en psicoterapia? No lo sé, enumero solo algunas: Por un lado es el deseo inmenso de ayudar, inmenso porque si no fuera así, se abandonaría al primer intento, después de la primera sesión, en la que te llenas de la tristeza, abandono, soledad, coraje, insatisfacción, dolor, angustia, etc. que siente el paciente y tienes que responder, “dice la teoría” separando tus afectos, nada más difícil en alguien que empieza, tanto como distinguir el cilantro del perejil, en alguien que nunca ha cocinado.

Hemos escuchado infinidad de veces de la necesidad de un buen aprendizaje teórico, de la ayuda de un supervisor y de la terapia personal, pero ¿cuántas veces hemos escuchado de lo insuficiente que esto resulta ante el primer paciente? Recordemos al héroe en su primer aventura.

Freud escribía a su amigo en un intento de poner en palabras el remolino de emociones que le despertaban sus pacientes. M. Klein nos narra sus casos, Ana Freud y muchos más, pero poco nos dicen sobre el sentir primero: la impotencia, el miedo, el ahogarse en ese mar de sé mucho (en el mejor de los casos) y no sé nada, en el: quiero solo sentirte, pero necesito pensar, memorizar los datos y la sesión porque debo escribirla y exponerme. Exhibirme frente al supervisor o

supervisores. Entonces, es la ansiedad del paciente al sentirse evaluado, junto a la ansiedad del terapeuta que también es evaluado, pero sobre todo porque ambos exponen lo más íntimo de su sentir, no a los otros, sino a “sí mismo”, eso sí es una proeza.

Puedo perderme en la revisión bibliográfica, pero aquí lo que intento plasmar es el sentir, que difícilmente se logra resolver en la supervisión y en la terapia, porque tiene que cubrir su propio ciclo y que más de alguno se queda en el camino.

En conclusión: El inicio, como todo inicio es muy difícil, pero el saberse acompañado en el sentir por aquellos que ahora son terapeutas consumados, nos ayuda a crecer y volver a intentarlo, ya que entre más lejano y omnipotente se ve al terapeuta experimentado, más débil e inadecuado se vive el aprendizaje.

Finalmente, está de más decir que tengo buenos maestros y supervisores, puesto que sigo aquí, en el intento de ser una buena hada madrina y cumplir un sueño.

BIBLIOGRAFÍA:

- Obstfeld, Enrique. (1996). Cuando al analista le faltan pacientes. Fepal. Monterrey, México.
- Campbell, Joseph, (1949). El héroe de las mil caras. Psicoanálisis del Mito. Fondo de Cultura Económica, México.